



## EL SUEÑO DE MORALES.

Era la funesta hora  
 en que ya el Planeta rojo  
 de su estacion presurosa  
 midió el último contorno  
 en monumentos de plata,  
 hecho cadáver de oro  
 en los brazos de la noche,  
 entre nevados escollos,  
 para renacerse fénix,  
 fué devanando en sí propio  
 las rubicundas madejas  
 en el maritimo golfo,  
 cuando brillantes lucian  
 en el pavellon lustroso  
 las cristalinas lucernas  
 con la luz que daba Apolo,  
 cuando en el mudo silencio  
 se quedó en extasis todo,  
 y ya las nocturnas Aves,  
 y animales ponzoñosos  
 de sus lóbregosas grutas  
 salen á buscar socorro:  
 fué á esta hora, cuando aquel  
 atrevido, y lisencioso,  
 aquel, que de su ponzoña  
 nadie reduce á los ojos,  
 morfeo en fin que este nombre  
 de feo le viene propio,  
 que es imágen de la muerte,

y no puede ser hermoso,  
 me rindió á su lucha, y yo  
 en difunto me transformo,  
 embargado en alvedrio,  
 rendido los miembros todos  
 de mi cuerpo se quedaron  
 descoyuntados, y flojos  
 de aquel ladron de la vida  
 á los cañones nudosos,  
 y ya el padre del olvido,  
 aquel rio caudaloso  
 del Leteo me bañaba  
 las potencias, y los poros,  
 y ya el libre pensamiento  
 en sí dominaba solo,  
 penetrado ya del mundo  
 lo mas alto, y lo mas hondo;  
 sin dejar cóncabo seno,  
 por áspero, ni fragoso,  
 que no examine, y registre  
 mas ligero, que el fanobio,  
 y otros muchos laberintos,  
 que dentro la idea formo:  
 fué, que me hallé en un desierto  
 tan deleitable, y frondoso,  
 que de agigantados sauces,  
 que de entretegidos olmos  
 con las yedras, y arayanes  
 formaban palos vistosos,



ó paisés de ciprecés,  
 ó alcázares de biombos.  
 Alegre me divertía,  
 escuchando lo armonioso  
 de las fuentes, y las aves  
 con sus cánticos sonoros.  
 Dulce acento prorumpían  
 clarín de suavidad, y gozo,  
 y por la falda, ó cenefa  
 de aquel Moncayo iba solo  
 brujuleando por sendas  
 de murtas, y cinamomos,  
 cuando de entre unos laureles  
 sentí pasos presurosos:  
 salía un vulto, si bien,  
 por más que la vista pongo,  
 no reparé si era alma,  
 si de este mundo, ó del otro:  
 no han visto tal vez un rayo  
 salir de la nube aborto,  
 que con grande regocijo  
 la mide en espacio corto,  
 é exalación fugitiva  
 entre los azules globos  
 correr, y en líneas de fuego  
 alas prestarles el noto?  
 en breve impedí sus pasos,  
 y á remorear me pongo  
 con el acero desnudo,  
 siendo á su violencia estorbo,  
 cuando en mi presencia vi  
 una mujer, raro asombro,  
 y aunque en la fisonomía  
 pronosticaba ser monstruo,  
 por el dilatado pelo  
 ondeado, y espacioso,  
 á el uso dal primer padre  
 le vestía el cuerpo todo;  
 mas de una Diana, ó Venus  
 era su angélico rostro.  
 Elevada quedó á el ver  
 de mi espíritu brioso  
 lo animado del valor,  
 lo resuelto y lo animoso.  
 Despegando sus corales,  
 hechos sus ojos arroyos,  
 me dice: gallardo Joven,  
 de tu valor reconozco,  
 que sin duda eres Alcides,  
 pues me seguiste animoso,

y resuelto determinas,  
 sin recelarte de asombros,  
 á saber de este suceso  
 la causa, el porqué, ó como:  
 Y supuesto que los Astros  
 en tí dominaron solo  
 tanto espíritu esta vez,  
 á tu pecho generoso  
 he de fiar mi secreto;  
 pero primero es forzoso  
 me digas tu nombre: entonces  
 sin rodeos ni episodios  
 le dije: escucharme atenta!  
 Mi nombre propio es Francisco  
 de Paula de Morales:  
 díjome entonces, no ignoro,  
 que de tal nombre á tal hombre  
 fia mi secreto todo.  
 Has de saber soy Selima,  
 hija de un Príncipe Moro,  
 del caudal mas opulento,  
 que ha habido en el mundo todo  
 y cuando la Cristiandad  
 nos conquistó, ciego y loco,  
 por no darle á los Cristianos  
 este caudal tan copioso,  
 dispuso que sus alhajas  
 costosas de plata y oro,  
 en un depósito oculto  
 formase rico tesoro,  
 cual no le habrá visto el mundo,  
 ni ha penetrado el mas docto;  
 y falto de fé y piedad,  
 dispuso el mas rigoroso  
 pensamiento contra mí,  
 que caber pudo en oprobios;  
 y fué, que embargó mi vida  
 en pacto con el demonio,  
 que no me venza la muerte  
 hasta tanto, que un coloso,  
 que de acero fino esgrima  
 de una lanza, y esto solo  
 ha de rendir con mis frases,  
 que ahora en breve te informo.  
 Sobre la mano siniestra  
 del Castillo te supongo,  
 que por la parte de adentro  
 has de ver de aqueste modo:  
 Un horroroso Gigante,  
 que está en pié, y tan horroroso,



que si lo miras, caerás  
 muerto de susto y asombro:  
 Llégate á el sin recelo,  
 y le hallarás un manojo  
 de llaves y puedes ir  
 abriendo los Calabozos,  
 y aunque veas lo que vieres,  
 no huyas porque te informo,  
 que es duplicarme las penas  
 en tormentos rigurosos.  
 Sigue mis pasos, serás  
 el hombre mas venturoso,  
 que por la altanera fama  
 publica el Clarin sonoro:  
 diciéndome: mientras yo  
 me retiro á mi locutorio,  
 á suplicarle á tus Dioses  
 tu pretencion tenga logro:  
 Alá te guarde, y defienda.  
 Fuese en fin, y quedé solo,  
 deseoso de la empresa,  
 y á los riesgos me antepongo  
 por entre robles y selvas,  
 sin saber por donde ó como;  
 en breve me hallé á las puertas  
 de un Palacio suntuoso,  
 que apenas abrí la puerta,  
 tiró un golpe impetuoso,  
 que la Torre, y yo quedamos  
 temblando, mudo y absorto.  
 Huirle el cuerpo á sus impulsos,  
 que si me detengo un poco,  
 contra la pared me cose,  
 pues dió en un mármol lustroso  
 y entró la acerada punta  
 mas de seis dedos ú ocho:  
 Astilló, y cayó el Gigante,  
 y luego al instante tomo  
 las llaves, y empecé á abrir,  
 en la primera hallé un Toro,  
 que apenas abrí la puerta,  
 fué tan recio el alboroto,  
 que desunia las peñas  
 con sus dos alfanges corbos;  
 llegó á mí para tirarme  
 un recio golpe, y lo cojo  
 por las hastas, y torciendo  
 aquel cuello benevioso,  
 cayó en tierra, y la cerviz  
 indómita se la corto;

lo dejé, y en otra puerta  
 puse la llave, y tan pronto  
 como abrí, se salió á mi  
 un Leon, que por los ojos  
 rayos de fuego arrojaba,  
 y puesto en pié daba solo  
 muestras de ser las ruinas  
 y de las vidas despojos;  
 con sus diez sangrientas dagas  
 iba á dividirme en trozos,  
 mas haciéndole de fuerte,  
 tan arrogante y furioso,  
 las manos le eché á la boca  
 y se la abrí de tal modo,  
 que desquijaré sus fuerzas,  
 como Sanson con el otro.  
 De aquí pasé á la tercera,  
 este fué el mayor de todos  
 los temores, pues apenas  
 la llave en la puerta toco,  
 impensadamente sale  
 un esqueleto horroroso,  
 un espectáculo horrible,  
 sin carnes los huesos todos:  
 la muerte en fin, y traía  
 una guadaña en sus hombros,  
 diciéndome: cómo aquí  
 atrevido y licencioso  
 has entrado á quebrantar  
 el precepto y el decoro?  
 Pues por tu osadia irás  
 á sepultarte á ese foso:  
 Enarboló la cuchilla,  
 para matizarla en rojo,  
 en el coral de mis venas;  
 muy cólerico y furioso  
 pronto le apliqué las manos,  
 y contra el suelo la arrojé,  
 que iba haciendo por las peñas  
 gran parte de territorio;  
 el peñon mas formidable  
 se desvanecía en polvo:  
 fué tal el rumor y estruendo,  
 que se terraplenó todo,  
 cuando ahuyentando tinieblas,  
 vi salir de un Oratorio  
 la deidad mas peregrina,  
 el prodigio mas heroico,  
 que en humanas hermosuras  
 pudo caber, y el adorno



de unas doradas preseas  
 de Damascos muy costosos:  
 iba á besarme mis manos,  
 y en mis brazos la recojo;  
 y asiéndome de una mano,  
 por un estrecho, y angosto  
 callejon me llevó á dar  
 á un paraje, donde solo  
 una viva luz nos daba  
 lugar, que viesemos todos  
 cuantos metales habia,  
 que por muchos no los copio;  
 y me ha dicho: como dueño  
 de aqueste caudal, dispónlo:  
 Ahí están unos Caballos,  
 ensilla el mejor de todos,  
 que en uno pretendo ir,  
 si en ello fueres gustoso:  
 me puedes dar el bautismo,  
 serás mi querido esposo;  
 le agradecí la fineza,  
 y fuera de mí de gozo,  
 en dos Etiopes brutos  
 cuatrocientas barras pongo  
 de oro fino de tiva,  
 y por ir mas poderoso,  
 puse de plata maciza  
 otras tantos, y os informo,  
 que ni aun el Rey me igualaba  
 en caudal, sino yo solo:  
 y en un volar pegaso,  
 hijo de voria, á ser pronto,  
 nos montamos, y le dimos  
 rienda á los vagajés todos.  
 Andariamos dos millas,  
 cuando por entre unos troncos

salen diez hombres armados,  
 que sin hablar con nosotros  
 nos daban por oro y plata,  
 en cambio pelvora y plomo:  
 En el incendio mataron  
 los brutos, y á alborosó  
 el mio se disparó,  
 y salvando como Corzo  
 las ramas, bajé á un Valle,  
 dando en un piélagos ondoso  
 de un profundo lagunillo;  
 tres veces visite el fondo,  
 y yá en las últimas ansias,  
 permitió el cielo piadoso,  
 que cobrase nueva vida:  
 desperte muy pesaroso,  
 en ver pérdida tan grande,  
 que dije, ó sueño engañoso,  
 ó manantial de mentiras,  
 que ofreces mucho y das poco,  
 ó traidor, adulador,  
 falso, pues tienes dos rostros,  
 enemigo mas que el mundo,  
 mas que la carne y demonio:  
 y aunque conozco mi engaño,  
 todavia estoy dudoso,  
 porque me parece cierto  
 lo que con el tacto toco.  
 Esta pérdida es por quien  
 me quejo, suspiro y lloro:  
 mirad si tengo razon  
 de mostrarme tan quejoso,  
 donde Francisco de Morales  
 le notifica á el curioso,  
 que no den crédito á sueños,  
 porque es muy pecaminoso.

**FIN.**

CARMONA: — *Imp. de D. Jose Maria Moreno, Madre de Dios, 1.*